

UN DICCIONARIO DEL COLOR EN EL AULA

Javier Cabo Villaverde
Universidade de Santiago de Compostela

Resumen

Una propuesta práctica para estructurar gráficamente el léxico del color, analizándolo de tal modo que el alumno amplíe su capacidad tanto verbal como perceptiva.

Palabras clave: Color / Léxico / Clasificación.

Abstract

A practical proposal to provide with a graphic structure the colour terms, in order to improve with its analysis the verbal and perceptual abilities of the pupil.

Key Words: Colour / Lexicon / Classification

Ayudar a un alumno a encontrar las formas y los colores que van con su personalidad, equivale a hacer que se encuentre a sí mismo. J. Itten¹

El estudio de la nomenclatura cromática ha atraído el interés de la psicología de la percepción, la teoría lingüística, la semiótica y la filosofía del lenguaje contemporáneas, abriendo un terreno de debate acerca de las relaciones entre el lenguaje y el mundo real o el influjo de las estructuras lingüísticas sobre la capacidad perceptiva del hablante. Las dificultades que plantean tales cuestiones desde la relación, no siempre fácil, entre la palabra y la imagen permiten abordar temas relacionados con la teoría del color, la colorimetría o la estructura evolutiva de los campos semánticos implicados. Aunque la gran mayoría de los estudios toman al adulto, en la plenitud de su dominio del lenguaje, como punto de partida para sus análisis y conclusiones, la aplicación didáctica del tema posee valor por sí misma, dado lo mucho que queda por establecer acerca de las relaciones entre el color y el niño.

En efecto, dentro tanto del aprendizaje visual como del verbal, la capacidad para captar diferencias de matiz entre colores destaca como una de sus

¹ J. Itten (1992): *El arte del color*, Limusa, Mexico, p. 25.

habilidades esenciales. El niño inicia su contacto con el mundo desde una preferencia abrumadora hacia los colores más vivos, saturados y brillantes, que contrastan con un máximo de fuerza, usándolos con profusión en sus actividades plásticas y apreciándolos en juguetes, ropas y pertenencias. Los matices más complejos, los pardos o los grises suele encontrarlos, por el contrario, tristes y apagados. Con la edad su gusto va ganando por supuesto en amplitud y discriminación, pero nada impide acelerar ese proceso con algunas actividades orientadas desde un progresivo grado de dificultad. Entre ellas, una sumamente prometedora, a mi juicio, consiste en la confección de un esquema del léxico cromático, pues las posibilidades que ofrece se acentúan al implicar paralela e interdisciplinariamente una ampliación y perfeccionamiento de su vocabulario.

El objetivo básico de esta iniciativa consiste en hacer consciente al alumno del fenómeno del color desde el punto de vista de su complejidad y de las dificultades que implica su correcto etiquetado. Cuando el niño busque los nombres de los que dispone para nombrar colores, coteje varios diccionarios entre sí, discuta las propias denominaciones de las pinturas y útiles artísticos que usa en sus trabajos², o debata con sus compañeros el significado exacto de tal o cual color, se irá haciendo más y más real para él dicha necesidad de precisión. En suma, el niño podrá ir perfeccionando su vocabulario y su capacidad perceptiva al mismo paso.

El ojo humano en condiciones normales, disfrutadas por la inmensa mayoría de la población, distingue sin esfuerzo entre siete y diez millones de matices cromáticos, de los cuales alrededor de medio millón tienen un grado suficiente de diferenciación para justificar su multiforme empleo técnico y comercial. Este grado de discriminación, muy superior cuantitativamente al de otros sentidos como el olfato o el gusto, permite, por ejemplo, apreciar sin confundirlos varias docenas de colores en el mínimo espacio de un sello de correos que reproduce, como sucede a menudo, un cuadro célebre. Cualquier atlas sistemático de colores para especialistas del diseño - como el de H. Kùppers, con más de 5.500 matices³ - no abarca, pese a su aparente exhaustividad, sino una ínfima fracción del conjunto. En cambio la paralela capacidad para nombrarlos, dotándoles por consiguiente de una definición concreta, estable y universal, independiente de la percepción personal de cada individuo, resulta extraordinariamente reducida. Esto se debe en parte a que la diferenciación entre matices es eminentemente práctica, al contrastar colores entre sí en la vida real, cuando el ojo los contempla presentes y

² A menudo muy discutibles. Cf. J. Pawlick: «Habría que hacer algo contra algunas de las denominaciones de los colores del estuche escolar (...)» (J. Pawlick (1996): *Teoría del color*, Paidós, Barcelona, p. 120).

³ H. Kùppers (1994): *Atlas de los colores*, Blume, Barcelona.

contiguos, mientras la aptitud para memorizar colores con cierta precisión se revela mucho más exigua, al igual que sucede con nuestra propia capacidad a la hora de definirlos⁴. Vemos colores a millones y sólo hemos sido capaces, incluso en las lenguas más sofisticadas, de bautizar a unos pocos centenares. Entre la acuidad visual y la penuria léxica se sitúa una de las grandes paradojas del color, no independiente desde luego de otras características de este elemento, tan fascinante desde cualquier punto de vista, filosófico, estético y perceptivo⁵.

El castellano no resulta por otra parte una lengua mal provista en este sentido, como se deduce al compararla con otras, pues algunas de las más primitivas se limitan a dos o tres colores (el blanco, el negro y, cuando hay un tercero, siempre es el rojo), mientras la sorprendente incapacidad del griego clásico para cubrir con precisión parte del espectro llevó incluso a especular con un hipotético y colectivo daltonismo⁶. Recordemos también que

⁴ Por ejemplo, una persona normal sólo discrimina cinco gradaciones de gris del blanco al negro puros cuando se le presentan aisladas y por separado, mientras que al alinearse yuxtapuestas en una gama continua consigue distinguir fácilmente el doble o más. A un nivel especializado, la colorimetría sufre por la inexistencia de una nomenclatura apropiada para sus estrictos cometidos. V. sobre el tema, J. Santana Pomares, «Armonización de colores en la terminología del método Santana» y «La implantación de la televisión en color en Europa y la necesidad de normalizar su nomenclatura» (1997), en *Internacional Galicia 97. Congreso sobre el color*, Universidad de Vigo, Servicio de Publicaciones, Vigo, 1997, pp. 183 - 192 y 267 - 285 respectivamente.

⁵ C.L. Hardin apunta tres razones para esta escasez: la variabilidad entre los distintos espectadores, la dificultad para comparar un mismo matiz en situaciones cambiantes (iluminación, brillantez, textura, interacción cromática, etc), y la no menor a la hora de comparar un color en la realidad con su estándar mental abstracto. Añade que tal vez el desagrado ante determinados matices haga a los hablantes reacios a darles un nombre (C.L. Hardin (1988): *Color for Philosophers*, Hackett, Indianapolis / Cambridge, p. 185).

⁶ El primer intento de una nomenclatura precisa y sistemática del color, en este caso en inglés, es el de R. Waller: *A catalogue of simple and mixed colours, with a specimen of each colour prefix to its proper name* (1686); pero la obra moderna clásica y fundacional sobre el tema se debe a B. Berlin / P. Kay (1969): *Basic color terms*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, con el análisis de casi cien lenguas (aunque el castellano comparece sólo como mejicano). Los autores partieron únicamente de los términos esenciales, hasta un máximo de once, haciendo que cada entrevistado localizase sobre una carta de matices los límites de cada uno y su zona de máxima pureza. La reimpresión de 1991 actualiza una abundante bibliografía sobre el tema, desde puntos de vista lingüísticos, psicológicos y antropológicos, a veces crítica con la tesis de estos autores. V. también K.L. Kelly / D.B. Judd (1976): *Color: Universal language and dictionary of names*, National Bureau of Standards Special Publication 440, U.S. Government Printing Office, Washington; A.M. Kristol (1978): *Color. Les langues romanes devant le phénomène de la couleur*, Francke, Berna; R. A. Crone (1995): *A History of Color*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht / Boston / London, pp. 234-236, J. Gage (1999): *Colour and Meaning*, Thames & Hudson, London; o Lyons, J. (1995): «Colour in language», en T. Lamb / J. Bourriau (eds.), *Colour: Art & Science*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 194-223. Para el caso concreto del castellano, M^a del Mar Espejo Muriel (1990): *Los nombres de los colores en español*, Universidad de Granada, Granada y *Los nombres del color en la naturaleza* (1996) Universidad de Granada, Granada.

el latín carece de términos concretos para colores tan caracterizados y difundidos en nuestra romance vida diaria como el anaranjado, el violeta o el marrón. Esta relativa holgura del castellano, sin embargo, se ve afectada por una gran irregularidad en la distribución de sus términos, factor del que participan razones filológicas, simbólicas, etnológicas e históricas.

1. Una propuesta visualizadora del léxico cromático

El primer problema planteado atañe a la confección de un esquema gráfico claro, sistemático y exhaustivo que cubra cualquiera de las posibles opciones combinatorias, hasta cierto límite de especialización, entre todos los colores principales. Es preciso que de un vistazo se pueda abarcar tanto el plan general como la ubicación particular de un determinado matiz. Surgen así zonas muy nutridas léxicamente y otras completamente desiertas, en un desequilibrio que se hace necesario explicar. La estructura puede además complicarse progresivamente, teniendo siempre en cuenta que se necesita una escala considerable, sobre todo en sus últimas fases, para asegurar la legibilidad (lo ideal sería una pizarra o un panel mural de varios metros cuadrados sobre una de las paredes del aula, escribiendo con tizas o rotuladores de distintos colores). En un principio, o para alumnos de edades más tempranas, puede bastar un esquema muy elemental de diez filas de valores, con los seis colores del espectro en su orden; los dos colores llamados acromáticos - el blanco y el negro -; y los dos colores de mezcla compleja más importantes, el gris y el pardo:

Tabla I

Rojo	
Anaranjado	
Amarillo	
Verde	
Azul	
Violeta	
Blanco	
Negro	
Gris	
Pardo	

El paso siguiente llevaría a dividir cada una de las diez filas anteriores en otras tantas columnas de acuerdo a esos mismos colores, pero entendidos ahora como matices; es decir, rojizo, anaranjado, amarillento, verdoso, azulado, violáceo, claro, oscuro (preferibles estos dos últimos a blanquecino y negruzco respectivamente para evitar dar énfasis a la tonalidad y no a la cromaticidad), grisáceo y pardusco, con un total por tanto de cien casillas. Mediante dicho esquema accedemos a una riqueza mucho mayor, donde logramos diferenciar las mezclas cromáticas de dos ingredientes, con uno principal y otro secundario. En este caso podemos ya distribuir como ejemplo algunos términos, y de hecho una buena experiencia introductoria podría consistir en pedirle a los alumnos todos los nombres de colores que conozcan, o bien darles una lista alfabética con precisamente cien de esos términos, elegidos entre los más frecuentes pero eliminando a los diez que encabezan cada categoría (“rojo”, “anaranjado”, etc), sus derivados inmediatos (“rojizo”, “amarillento”, etc) y otras derivaciones obvias (por ejemplo, incluir “rosa” pero no “rosado”, “morado” pero no “amorado”, etc), junto a un casillero de ese tipo en blanco para que lo vayan cubriendo. Se debe advertir que una casilla puede contener varios términos mientras muchas otras quedan sin ninguno, y un mismo término ocupar a su vez varias casillas⁷. Considero, a partir del alrededor de medio millar de términos - entre adjetivos y sustantivos - que ofrece el castellano, como la mejor a la siguiente lista⁸:

aceitunado	bermejo	carmesí
albar	blondo	carmín
albo	bronceado	castaño
ambarino	bruno	celadón
añil	burdeos	celeste
ardiente	butano	ceniciento
atezado		cerúleo
aúreo	café	cetrino
azabachado	cándido	chocolate
azafranado	canelo	cián
	cano	cobrizo
bayo	caqui	colorado
bazo	cardenillo	corinto
beige	cárdeno	crema
		crudo

⁷ Tal es el caso de «caqui», que va, según el DRAE «del amarillo ocre al verde gris», incluyendo por tanto los matices de amarillo pardusco, pardo amarillento, pardo verdusco, verde pardusco y verde agrisado, nada menos.

⁸ Las fuentes han sido las últimas ediciones del *Diccionario de la Real Academia* (DRAE) (1992) y del *Diccionario General de la Lengua Española* VOX (1997).

dorado	lilial	rosa
	lívido	rubicundo
encarnado		rubio
encendido	magenta	rufo
endrino	malva	
escarlata	marengo	salmón
esmeralda	marfil	sangriento
	marrón	sepia
fresa	melado	siena
fucsia	morado	
	moreno	tabaco
garzo		tinto
glauco	níveo	tostado
grana		trigueño
granate	ocre	turquesa
grosella	oliváceo	turquí
gualdo	oro	
		ultramar
herrumbroso	pajizo	
	perlado	verdevejiga
indigo	plateado	verdusco
	plomizo	vinoso
leonado	prieto	violado
lila	púrpura	
		zafireo
		zarco

La correcta distribución de los mismos sobre el casillero anterior, de acuerdo con sus definiciones, ofrece el siguiente aspecto:

Puede realizarse así una especie de instructivo test de precisión cromática, naturalmente sin recurrir todavía para el mismo al uso de diccionarios, donde cada ubicación de un término en su casilla correcta supondría un punto, hasta un máximo de cien, resultado por cierto nada fácil de alcanzar. El esquema, una vez completado, se presta también a algunas reflexiones de interés sobre los desequilibrios que revela, pues de las cien casillas disponibles, aparecen cubiertas más de un tercio, aunque de modo muy irregular. Sumando en efecto las correspondientes a los diez colores principales, ya sean como elemento principal o secundario, el rojo y el amarilllo destacan claramente sobre el resto, con 29 y 28 términos respectivamente. También cabe subrayar que las casillas donde coinciden valor y matiz, limitadas por tanto a un significado cromático general y dispuestas en diagonal descendente a lo largo de la tabla, contienen cerca de la mitad del total de términos, prueba palmaria de la imprecisión de las definiciones disponibles. En este caso vuelve a imponerse

Tabla II

	Rojizo	Anaranjado	Amarillento	Verdoso	Azuladado	Violáceo	Claro	Oscuro	Grisáceo	Pardusco
Rojo	ardiente bermejo carmesí carmin colorado encarnado encendido escarlata fresa grana grosella rufo sangriento		canelo rubicundo			burdeos corinto magenta púrpura vinoso	rosa salmón	fucsia granate tinto		cobrizo
Anaranjado		butano								
Amarillo	bronceado herrumbroso rubio	ambarino azafanado	áureo blondo dorado gualdo limonado oro	ceitrino				leonado melado trigueño		caqui ocre pajizo
Verde			aceitunado oliváceo	esmeralda			cardenillo celadón glauco	verdevejiga verdusco	caqui	caqui
Azul				cián turquesa	cerúleo garzo ultramar zafireo	añil indigo turquí	celeste zarco			
Violeta						cárdeno livido morado violado	lila malva			
Blanco			bayo crema crudo marfil				albar albo cándido cano lilial niveo		plateado	
Negro			bazo tostado		endrino			atezado azabachado bruno moreno prieto		
Gris					plomizo		perlado	marengo	ceniciento	
Pardo	sepia tabaco			caqui			beige	café chocolate siena		castaño marrón

el rojo, con una docena de términos en exclusiva, el doble que el amarillo y el blanco. Igualmente, si agrupamos los términos referidos a colores cálidos (rojo, anaranjado y amarillo), fríos (verde, azul y violeta), acromáticos (blanco y negro) y de mezclas complejas (gris y pardo) se observa el predominio de los primeros, pese a que el anaranjado sea con mucho el color léxicamente más pobre.

A continuación, siguiendo con el desarrollo de las mezclas cromáticas para incluir a las de tres ingredientes, podríamos subdividir por la derecha cada

una de las diez filas correspondientes a los valores en otras cuatro, tres de ellas dedicadas a cada uno de los colores primarios como submatices o matices secundarios - es decir, rojizo, amarillento y azuladado - y dejando la restante a los matices generales ya cubiertos por la estructura anterior, con un resultado de cuatrocientas casillas. La presencia de estos colores principales se extiende así por la totalidad de la tabla, y en el siguiente esquema se han marcado, tomando para el caso el amarillo, todas las casillas en donde aparece, con tres grados de gris según sea su presencia en las mismas, como valor (gris oscuro), matiz (gris medio) y submatiz (gris claro).

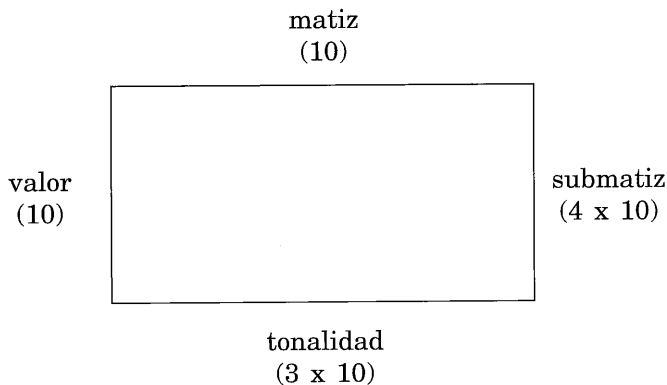
Tabla III

	ROJIZO	ANARANJADO	AMARILLENTO	VERDOSO	AZULADADO	VIOLACEO	CLARO	OSCURO	GRISACEO	PARDUSCO	
ROJO											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
ANARANJADO											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
AMARILLO											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
VERDE											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
AZUL											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
VIOLETA											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
BLANCO											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
NEGRO											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
GRIS											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO
PARDO											ROJIZO
											AMARILLENTO
											AZULADADO

Dentro del campo semántico del “rosa”, por ejemplo, podríamos ahora diferenciar el término “asalmonado”, matiz complejo descomponible en su ingrediente esencial, el rojo, afectado por un fuerte porcentaje de blanco y rectificado a su vez por una fracción menor de amarillo que lo distancia del genérico “rosa”. Quedaría por tanto ubicado en la casilla Rojo (valor) - Claro (matiz) - Amarillento (submatiz). (Aunque muchas de estas casillas son evidentemente imposibles *a priori* de cubrir por obvias razones de incompatibilidad, conviene mantenerlas abiertas para que el niño pueda deducir las razones de ello).

¿Es esto suficiente? Para la mayor parte del caudal léxico castellano y ateniéndonos a las definiciones suministradas por los diccionarios más completos y solventes, sin duda, pero aún podríamos apurar las posibilidades de esta estructura por si dispusiéramos de términos adecuados para matices más sutiles, de cuatro componentes. Efectivamente, las diferencias de tonalidad podrían ampliar cada una de esas cuatrocientas casillas en tres grados: claro, medio y oscuro, en este caso mediante la subdivisión de las correspondientes diez columnas de matices en su base. El siguiente esquema, en el sentido de las agujas del reloj, ayudará a comprender el desarrollo anterior:

Tabla IV




Aquí se hace ya necesaria una clave alfanumérica, con números romanos, del I al X, para los diez valores; números árabes, del 1 al 10, para los diez matices; letras mayúsculas, A, B y C (la cuarta fila quedaría reservada a los términos no cubiertos por las tres anteriores), para los cuatro submatices de cada valor; y finalmente minúsculas, c, m y o, para las tres tonalidades de cada matiz. Si, para seguir con el ejemplo escogido, el castellano

dispusiera, lo que no es el caso, de un término preciso para “asalmonado pálido”, más claro por tanto que el anterior, podríamos ubicarlo en una casilla exclusiva, la 1- 7 - B - c (valor: rojo, matiz: claro, submatiz: amarillento, tonalidad: clara), agotando así las posibilidades de dicha clasificación en dos dimensiones⁹. Cada uno de los tres colores primarios, rojo, amarillo y azul, descompondría por tanto su presencia en la tabla de este modo: 3 casillas como color independiente, 108 casillas como matiz y 270 casillas como submatiz, con un total de 381 casillas.

Para mayores sofisticaciones habría que recurrir ya a una estructura tridimensional - de las que hay modelos para todos los gustos, desde la pirámide de Lambert al romboedro de Küppers - por ello mismo menos fácil de confeccionar y captar a simple vista en todas sus divisiones.

Según lo expuesto, una fila, la primera y correspondiente al rojo, ofrecería este aspecto:

Tabla V

		1	2	3	4	5	6	7	8	9	10		
I ROJO		A	
		B	
		C
		
		c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o	c·m·o		

Siguiendo con la casilla del rosa (1-7, marcada en gris) - cuyos matices ha afinado la cosmética en un grado incomparable, aunque denominándolos con gran desenvoltura, a menudo mediante términos franceses - se descompondría del siguiente modo en sus doce unidades:

⁹ En cambio, por poner otro caso, en inglés *lavender* (lavanda) se define como un «púrpura azulado pálido» (Webster Dictionary), por lo que se ubicaría en la casilla Rojo - Violáceo - Azulado - Claro (1 - 6 - C - c).

Tabla VI

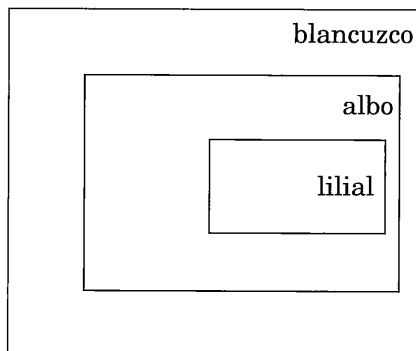
(I - 7)

(rosa vivo claro)	(rosa vivo)	(rosa vivo oscuro)
(rosa amarillento claro)	(rosa amarillento)	(rosa amarillento oscuro)
(rosa violáceo claro)	(rosa violáceo)	(rosa violáceo oscuro)
(rosa claro)	(rosa)	(rosa oscuro)

Por su parte, las casillas donde coinciden el valor y el matiz, rojo y rojizo (I - 1) en este primer caso, plantean un problema aparte, donde encontramos al color en su estado puro o tendente a él, y en consecuencia no es operativa la pauta general de submatizes y tonalidades en que se descomponen el resto de filas y columnas. Para diferenciar gráficamente a las diez donde se da tal circunstancia y que cruzan diagonalmente la tabla, se las divide no en doce subcasillas como sucede con las otras, sino, según puede verse, en tres secciones concentricas; de las cuales la central corresponde a cualquier término indicativo de intensidad, pureza, vivacidad o brillantez, condiciones en suma que aseguran un carácter superlativo o aumentativo, y que en la teoría cromática significan una saturación máxima del color puro. La segunda y media se reserva para los términos más genéricos - es decir, el grado medio del color puro -; y la tercera queda para los que tienden hacia ese color sin corresponder por completo al mismo, pero tampoco añadiendo un matiz diferenciado que permita relacionarlos con otro concreto. De este modo, para el caso, por ejemplo, del blanco, la casilla VII - 7 (blanco - claro) distribuiría así los términos "blancuzco", "albo" y "lilial":

Tabla VII

(VII - 7)



2. El recurso a los diccionarios. opciones y límites

Para sacar todo el provecho a esta experiencia hay que dar por descontado que el alumno arrastre malentendidos sobre determinados colores, con las confusiones que de ello se derivan. Hacer que el niño utilice los diccionarios para definir con el máximo de precisión cada color resulta por tanto imprescindible - de hecho un surtido de diccionarios es igualmente importante en cualquier aula, con independencia de la materia que se trate -, siendo muy útil la organización de un fichero. A este respecto, dos de los diccionarios más solventes, el *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner y el *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* de J. Casares contienen listados de voces para los colores principales, complementando así al *Diccionario de la Real Academia* (DRAE) al *Diccionario del Español Actual*, de M. Seco, O. Andrés y G. Ramos; o al *Diccionario General de la Lengua Española VOX*, aparte por supuesto de los más sencillos de tipo escolar empleados en primera instancia. Por desgracia, sin embargo, es éste un campo donde las disonancias entre lexicógrafos alcanzan su máxima estridencia, y ni siquiera el DRAE ofrece al respecto una referencia incuestionable. Entre los problemas más frecuentes se advierte el abuso de la sinonimia, en especial en el campo del rojo, donde gran cantidad de términos resultan etiquetados uniforme y sistemáticamente como “rojos”, sin mayores especificaciones; y la imprecisión de algunas definiciones, con frecuencia excesivamente breves, aún reconociendo las obvias dificultades para definir un color con palabras¹⁰. Más enojoso resulta el caso de las definiciones cromáticas que remiten para su comprensión únicamente a elementos cuya propia definición no alude para nada al color, lo que significa que el diccionario no es autosuficiente. Así el DRAE define el color “franciscano” como el del sayal del hábito de dichos religiosos, pero la voz correspondiente omite cualquier referencia al matiz del mismo. Es ésta sin duda una inadvertencia grave, incomprensible tras tantas ediciones, y por desgracia no excepcional. Para entender, por poner otro caso,

¹⁰Cf. G. García Márquez sobre sus primeras experiencias con el diccionario: «(...) se me ocurrió buscar la palabra *amarillo*, que estaba descrita de este modo simple: *Del color del limón*. Quedé en las tinieblas, pues en las Américas el limón es de color verde. (...) Con los años el Diccionario de la Real Academia hizo el remiendo correspondiente: *Del color del oro*. Sólo a los veintitantos años, cuando fui a Europa, descubrí que allí, en efecto, los limones son amarillos. Pero entonces había hecho ya un fascinante rastreo del tercer color del espectro solar a través de otros diccionarios del presente y del pasado. El Larousse y el Vox - como el de la Academia de 1780 - se sirvieron también de las referencias del limón y del oro, pero sólo María Moliner hizo en 1976 la precisión implícita de que el color amarillo no es el del todo el limón sino sólo el de su cáscara. Pero también ella había sacrificado la poesía de Diccionario de Autoridades, que fue el primero de la Academia en 1726, y que describió el amarillo con un candor lírico: *Color que imita el del oro cuando es subido, y a la flor de la retama cuando es bajo y amortiguado.*» (Prólogo a *Clave. Diccionario de uso del español actual*, SM, Madrid, 1996, p. VIII).

la definición de “acaparrosado” hay que remontarse al venerable *Diccionario de Autoridades* (1726), donde se descubre por fin que se refiere al azul y no, como cabría suponer en una primera impresión, al rosa. Con el mero uso del diccionario resulta así imposible averiguar como son algunos colores. Las contradicciones entre los diversos diccionarios, a veces muy llamativas, se prestan asimismo a confusión. En esos casos, cuando las fuentes no concuerdan, conviene quedarse con la definición más concreta, y también la más amplia, es decir, aquella que no restringe su uso en cualquier sentido, sin dar necesariamente prioridad al DRAE. Finalmente, hay que lamentar la inexistencia de una carta de colores fiable y rigurosa, que incluya a todos los términos cromáticos, como complemento visual a sus a veces elusivas definiciones. Si hay una ilustración de la cual no debiera prescindir un diccionario, es sin duda ésta, y pese a ello - aun siendo evidentes los problemas para una impresión exacta - no contamos con nada semejante en ninguna de las fuentes consultadas u otras similares, como enciclopedias¹¹. En consecuencia, los diccionarios deben usarse cuanto sea necesario, pero teniendo en cuenta estas deficiencias, y procurando suplirlas con la propia observación. No tienen porqué tener la última palabra.

El alumno también puede aprovechar esta actividad para establecer una comparación entre su propia lengua con otras que estudie a fin de analizar sus diferencias a este respecto. Es bien sabido que términos en apariencia equivalentes entre dos idiomas pueden referirse a matices netamente distintos, y que a su vez muchos nombres de colores en una lengua carecen de equivalente directo en otra. Valga de ejemplo próximo la diferencia entre el “bermello” gallego y el “bermejo” castellano, pues el primero equivale directamente a “rojo”, mientras el segundo significa, con menor precisión, “rubio o rojizo”. El uso de diccionarios bilingües o extranjeros puede deparar este tipo de sorpresas, interesantes por su utilidad a la hora de aprender una lengua. Otra actividad prometedora sería, cuando sea posible, comparar los léxicos de los alumnos de origen extranjero, o incluso de otras regiones, para detectar diferencias en este campo semántico. Conviene advertir al respecto que existe un sistema universal con varios niveles de progresiva discriminación, hasta siete, de los colores básicos en todas las lenguas, establecido por Berlín y Kay (1969), sin que en ello intervengan diferencias perceptivas entre los hablantes¹².

¹¹ Berlín y Kay (op. cit.) utilizaron para sus experiencias con personas de todo el mundo una carta de matices de la acreditada Munsell Color Company, con 329 casillas en total, 320 dedicadas a los matices del espectro y 9 a blanco, negro y grises.

¹² Aunque esta experiencia puede ayudar también a detectar alguna anomalía perceptiva entre los alumnos. No olvidemos que el 8% de la población masculina y el 0'8% de la femenina sufre de algún tipo de daltonismo, que a veces se tarda mucho en advertir .

3. Algunas actividades complementarias

Los alumnos podrían conseguir con sus propias pinturas - siendo las más adecuadas las de témpera o gouache - el matiz exacto de cada casilla léxica, o bien recolectar muestras de papeles, plásticos o tejidos de colores con idéntica finalidad. Por supuesto que el ordenador, cuya capacidad cromática tanto en pantalla como en impresora es ya extraordinaria y no cesa de perfeccionarse, ofrece grandes posibilidades para afinar cuanto se desee cualquier matiz. De este modo se dispondría de una traducción visual inmediata de cada término: un auténtico diccionario cromático, como exacto complemento del diccionario verbal. Las propias fichas sueltas, pintadas por una cara del color exacto y provistas por la otra del término correspondiente, se prestarían asimismo a pruebas de precisión verbal para descubrir el segundo a partir del primero

Todas estas actividades pueden ayudar al alumno a analizar la tabla al tiempo que la va completando. Las preguntas más obvias se le ocurrirán de inmediato, acerca por ejemplo de la gran abundancia de rojos frente a la extrema escasez de anaranjados, cuando se trata de dos colores - aunque uno primario y otro secundario - contiguos en el espectro, y que en el caso del primero se explica por su preponderante valor simbólico (calor, vida, actividad) desde la prehistoria, y en el del segundo por su tardía discriminación, pues era visto inestablemente hasta la edad media como un rojo o bien un amarillo según sus matices. De este modo los factores psicológicos, simbólicos, técnicos e históricos del color podrán ser expuestos con mayor certidumbre en toda su extraordinaria importancia. Asimismo, la absoluta ausencia de nombres en determinadas casillas, como las del rojo con el verde, deriva de su carácter opuesto como colores complementarios, cuya mezcla en forma de pintura con proporciones iguales da un gris oscuro que no tiende a ninguno de sus ingredientes (tan impensable sería un rojo verdoso como un verde rojizo). Las casillas donde se invierte la relación valor - matiz también merecen atención especial.  Donde est  la frontera, efectivamente, entre un amarillo verdoso, por ejemplo "cetrino"; y un verde amarillento, por ejemplo "aceitunado"? Es en estas comparaciones donde se llega sin duda al máximo del afinamiento perceptivo. Por ello, y para agrupar tales casos de contiguidad, resulta útil una nueva clasificación, si bien más elemental, que tan sólo cruce los valores y no los matices, con una estructura triangular de cuarenta y cinco casillas donde cada color actúa de modo idéntico horizontal y verticalmente. En el siguiente gráfico se han marcado como ejemplo las nueve casillas donde est  presente el violeta, y por tanto, un violeta rojizo y un rojo violáceo coincidirían en una sola.

Tabla IX

									Pardo
								Gris	
							Negro		
					Blanco				
				Violeta					
			Azul						
			Verde						
		Amarillo							
	Anaranjado								
Rojo									

En suma, los fundamentos de la teoría de los colores quedan así, término a término, perfectamente ilustrados. Pueden hacerse también otras tablas complementarias, por ejemplo dividiendo su caudal léxico en sustantivos, adjetivos, verbos y prefijos; obteniendo los tantos por ciento de cada casilla, o estableciendo las etimologías respectivas (del latín, del árabe, del griego, del francés, etc).

El estudio sistemático de los nombres de los colores debe llevar igualmente al de sus diversos referentes naturales, a veces traspasados directamente a los propios términos. Tal es el caso, en el extenso campo del rojo, de “fresa” y “grosella”, o en el del violeta de “lila” y “malva”, donde la estructura “de color de...” ya no es necesaria. Asimismo muchas definiciones remiten necesariamente para su comprensión a frutos, metales, minerales, maderas, pieles, flores o sustancias de todo tipo, que siempre que sea posible - o en su defecto mediante fotografías - cabría traer al aula para su comparación y comentario. De hecho una exposición de los múltiples referentes de cada color sería otra actividad complementaria del mayor interés. Igual puede hacerse, aunque esta vez para la crítica, con las cartas de colores comerciales de tintes, pinturas decorativas y artísticas, cosméticos, barnices, esmaltes, papeles, revestimientos, etc; muchas de cuyas denominaciones dependen tan solo de la fantasía de cada fabricante para apelar al consumidor.

Desde varios puntos de vista, por tanto, se hacen evidentes las prestaciones didácticas de esta experiencia. El alumno puede aprender con ella a nombrar un número creciente de colores al tiempo que los descompone, identifica y sitúa sobre una estructura basada en la teoría cromática.